



SER MUJER Y ESTUDIAR MEDICINA: UNA MIRADA A LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN EL CAMPO MÉDICO

FRANCISCO JAVIER SOLÍS MENDOZA

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ACATLÁN, UNAM.

paidos.dos@gmail.com

RESUMEN

Dar voz a las estudiantes de medicina para visibilizar algunas de las múltiples maneras en que día a día se enfrentan ante la violencia en el campo médico por el hecho de ser mujeres, se apunta como el objetivo primordial de ésta investigación. En este texto, que se desprende del proyecto de investigación titulado “Las brujas en el terreno de los semidioses: Estudiantes de Medicina frente a los avatares de la cultura profesional médica” realizado entre 2012 y 2014 en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala-UNAM, me propongo recuperar algunos relatos de vida obtenidos en las entrevistas semidirigidas a grupo focal realizadas con las estudiantes de la carrera de Médico Cirujano, con la finalidad de vislumbrar algunas situaciones en que las mujeres viven y afrontan la violencia de género en sus tránsitos por los recintos de formación profesional como futuras médicas: el aula y el hospital.

Como una investigación educativa de cuño feminista se prioriza el lugar de las mujeres como sujetas de la educación activas en la construcción de su cultura y sus historias; y se analiza al currículum oculto como un dispositivo pedagógico que muchas veces socializa, invisibiliza e incluso naturaliza diversas expresiones de la violencia de género como elementos constitutivos de la cultura profesional médica.

Palabras clave: violencia de género, estudiantes, mujeres, médicos.

INTRODUCCIÓN

En el terreno de la Medicina, las mujeres han tenido un papel decisivo en el desarrollo de dicha profesión. Aunque en un principio estos saberes milenarios de las mujeres fueron suprimidos,





condenados e incluso aniquilados, (Blázquez, 2008) actualmente la presencia de las mujeres en los programas de medicina a nivel nacional e internacional ha experimentado un notable incremento en comparación con la matrícula masculina, siendo las mujeres alrededor del 63.10% del estudiantado en los programas de la UNAM. Hecho que resulta relevante si para el año de 1983 representaban apenas el 35.9% de la matrícula nacional de esa carrera (Bustos, 2003).

No obstante, la tradición de larga data del campo médico¹ como un espacio vedado para las mujeres, ha configurado una cultura y un *ethos* profesional profundamente jerárquico y violento. Competencia, rivalidad y disciplina son algunos de los elementos que contribuyen a que la violencia de género como una actividad cotidiana se neutralice y se instale como un elemento característico del currículum oculto dentro de la cultura profesional médica.

En este texto, que se desprende de la investigación titulada “Las brujas en el terreno de los semidioses: Estudiantes de Medicina frente a los avatares de la cultura profesional médica” realizada entre 2012 y 2014 en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la UNAM, me propongo recuperar algunos relatos de vida obtenidos en las entrevistas semidirigidas a grupo focal realizadas con las estudiantes de la carrera de Médico Cirujano de los ciclos básicos (1ro y 3er semestre) y de los ciclos clínicos (5to y 7mo semestre), inscritas como alumnas regulares al ciclo escolar 2014-I, con la finalidad de vislumbrar algunas situaciones en que las mujeres viven y afrontan la violencia de género en sus tránsitos por los recintos de formación profesional como futuras médicas: el aula y el hospital.

Cabe mencionar que únicamente se presentan algunos hallazgos a manera de ilustración de las principales situaciones que las alumnas reportan como violencia. Pero que los relatos y las categorías de análisis que aquí se presentan no agotan los resultados de la citada investigación.

LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN EL ESPACIO UNIVERSITARIO: LAS AULAS COMO SITIOS DE PODER.

Estudiar la violencia en el espacio universitario, es dar cuenta que sin duda, la universidad se presenta como uno de esos lugares donde a la vez que recinto de creación/transmisión de conocimiento científico, de producción/reproducción de valores y comportamientos, y de convivencia entre diferentes sectores sociales y generacionales también es testigo de un sinnúmero de malestares, desventajas y condiciones opresivas que viven las y los sujetos que transitamos por sus recintos, pues “lejos de lo que se piensa, las instituciones educativas no





necesariamente son espacios armónicos. Son territorios donde se registran conflictos y contradicciones entre alumnos, maestros, directivos y funcionarios involucrados en ellas” (Sánchez, 2014, p. 543). La universidad es un espacio donde se reproducen relaciones de poder, algunas de ellas permeadas por la estructura social patriarcal, es decir, es un espacio donde las relaciones asimétricas de poder actúan perjudicando en ocasiones de manera muy sutil y otras no tanto a las mujeres y a lo femenino, reproduciendo desigualdades con base en el género.

El género, como categoría de análisis sociocultural, alude a la simbolización que cada cultura elabora sobre la diferencia sexual, estableciendo normas y expectativas sociales sobre los papeles, las conductas y los atributos de las personas a partir de sus cuerpos (Lamas, 2002, p.52) es decir, la violencia de género se refiere a todos los actos, acciones u omisiones intencionales que transgreden un derecho, ocasionan un daño y/o buscan el sometimiento y el control del otro con el único motivo de su género. Históricamente ese *otro* han sido las mujeres, pues el sistema social patriarcal como orden de poder garantiza la dominación y supremacía de los hombres y lo masculino sobre la inferiorización de las mujeres y lo femenino.

En el particular caso de la universidades, la violencia de género se trata de un problema especialmente delicado y que merece una atención constante en las instituciones, pero sobre todo, es un tema de lo más incómodo: “la primera reacción cuando se habla de violencia de género en las universidades es preguntarse si ésta realmente existe, o incluso si está bien planteado el tema de estudio”. (Mendoza, 2011, p.8. citada por Buquet, et. al., 2013).

En el caso particular de la profesión médica, al ser un territorio que parte de un discurso históricamente masculinizado, patriarcal y androcéntrico, la violencia de género en el ámbito de la medicina tiene distintas formas de expresión. Una de esas formas hace referencia a las múltiples maneras en que los y las docentes invisibilizan, niegan la palabra, descalifican o discriminan a las mujeres en las aulas por el sólo hecho de ser mujeres. Produciendo lo que Allan y Maden (2006) denominan “clima frío”. Los climas fríos en el aula, son el resultado de la acumulación de conductas discriminatorias abiertas y sutiles, un clima frío en el salón de clases es indicativo de discriminación en la medida en que pone en desventaja a niñas y mujeres, estudiantes de color, gays, lesbianas, bisexuales y transgénero, integrantes de las clases populares y personas con discapacidades. En este sentido, un/a docente produce un clima frío, cuando se dirige a los estudiantes varones más a menudo que a las mujeres, cuando hacen preguntas de seguimiento a los hombres y no a las mujeres o cuando se enfoca más bien en la





apariciencia de las mujeres que en sus capacidades. (Allan y Madden, 2006, p.805 citadas por Ana Buquet, et. al. 2013).

Algunas de estas expresiones a través de las cuales los y las docentes configuran un clima frío dentro del aula las hallamos en las experiencias de las estudiantes de Medicina que fueron entrevistadas...

Había un profesor de respiratorio que casi no iba, no teníamos clases, pero nos daba clase la adjunta, sólo nos dio anatomía. Ella les ponía especial atención a los hombres, a las mujeres casi no y más si era una mujer bonita: no le ponía atención. Y como que la “tonteaba”, como si no supiera, siempre le hacía ver sus errores. Y como era amiga del que era el guapo del salón era muy despectiva con ella. Además el profesor titular de respiratorio era muy... no pervertido pero se fijaba a quien ponerle atención por su apariencia física, especialmente con las mujeres.

(Karen, ciclo clínico)

En el aula tuvimos un profesor de primer semestre, al otro año se jubiló; decían que se acostaba con la adjunta, él tenía su fama de libidinoso con las alumnas. Su materia era instrumentación y sí te decía “es que tú eres mujer” “las mujeres pueden pero no son igual” “las mujeres son más lentas”. Hacía mucho hincapié, mucha distinción en eso.

(Fabiola, ciclo básico)

Otra manifestación de la violencia de género la podemos encontrar cuando nos detenemos a analizar la misoginia que pervive en las relaciones intragéneras entre las mujeres (estudiantes-estudiantes, maestras-estudiantes). Siguiendo el discurso de Lagarde (2012) “hay misoginia en las relaciones entre mujeres cuando se anula, desconoce, desvaloriza, hostiliza, descalifica, agrede, discrimina, explota, y daña a otras mujeres y además se cree ganar en la competencia dañina.”(p.24)

La misoginia entre mujeres es un rasgo evidente en la configuración de la cultura médica de la FES Iztacala cuando las profesoras ejercen este poder como dominio y opresión sobre las estudiantes. Damos cuenta de cómo la configuración patriarcal de ejercicio del poder y la autoridad se reproducen en las médicas que están formando nuevas generaciones de recursos humanos para la salud; ya lo mencionaba Castro (2010) la jerarquía y la violencia se convierten





en ciclos que perviven en el campo médico a través de la configuración de un *habitus* autoritario, donde no hay distinción entre hombres y mujeres; el poder tiene que ejercerse. Veamos:

La profesora de respiratorio tonteaba a las otras. Sólo si estaba bonita la chica se encargaba de ridiculizarla más. Si no sabía o le hacía falta algo se encargaba de que todos vieran.”

(Daniela, ciclo clínico)

...si no estudiábamos, nos decía que nos saliéramos a vender medias, y nosotras decíamos “¿medias? ¿Cómo que medias?” y ella recuerdo que nos dijo “Pues si mi hijita vete a vender medias horas de placer, aunque sea que te den 100 pesos.

(Esperanza, ciclo clínico)

Esto lleva a las estudiantes a no tener modelos de liderazgo femeninos, los modelos de seguimiento al parecer repiten un ciclo que pone en desventaja a las mujeres: opresión, jerarquía y dominio. En lugar de oponerse al sistema de dominios concatenados, aceptan la sujeción a cambio de ejercer dominio sobre otras, naturalizando las violencias y convirtiéndolas en elementos definitorios de su cultura profesional.

CUANDO EL CUERPO SE CONVIERTE EN BLANCO: ACOSO Y HOSTIGAMIENTO SEXUAL EN EL CAMPO MÉDICO

Un comportamiento que se ha documentado ampliamente en los distintos niveles educativos, en cuanto a las relaciones entre el alumnado, es el hostigamiento sexual, físico y verbal que enfrentan muchas mujeres en los pasillos y patios de las instituciones de enseñanza, no solo en las aulas.

En nuestro país la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia (2007) diferencia entre el hostigamiento y el acoso sexual. El hostigamiento sexual consiste “en el ejercicio de poder en una relación de subordinación real de la víctima frente al agresor en los ámbitos laboral y/o escolar, se expresa en conductas verbales, físicas o ambas, relacionadas con la sexualidad de connotación lasciva”. En el mismo artículo se define al acoso sexual como “una forma de violencia en la que, si bien no existe la subordinación, hay un ejercicio de poder abusivo que conlleva a un estado de indefensión y de riesgo para la víctima, independientemente que se realice en uno o varios eventos”. La diferencia entre uno y otro están en la existencia de una





relación jerárquica de poder (hostigamiento sexual) o en la ausencia de esta (acoso sexual). Sin embargo, las conductas asignadas al hostigamiento o al acoso pueden ser las mismas.

Estas acciones se han convertido en un lugar común dentro de la cultura profesional médica, pues en un escenario cifrado en la discriminación y el rechazo, el acoso y el hostigamiento sexual, es algo tan común que se ha naturalizado. El currículum oculto opera como mecanismo de disciplinamiento de género en las mujeres, y contribuye a que muchas hayan normalizado que quienes ocupan una posición superior (docentes, residentes, médicos e incluso pacientes) desnuden con un recorrido visual, examinen los cuerpos, hagan gestos de aprobación o desagrado, formulen comentarios soeces, o se burlen de distintas maneras; lo que las coloca en una posición de desventaja, incomodidad y de vigilancia permanente de sus actos

Veamos algunos casos específicos que relatan las estudiantes de la FES Iztacala:

“Una vez uno de nuestros amigos se dio cuenta, que otro compañero les estaba tomando fotos a las “pompis” de todas las niñas del salón.”

(Mariana, ciclo básico)

También en una práctica que tuvimos en quirófano con unos doctores; estaban muy pendientes de nosotras, a cada rato asomándose y nos decían “¿Qué paso chicas, las ayudamos a cambiarse?” “¿Les ayudo a ponerse el pantalón?” Decían que querían meterse a cambiarse con nosotras... “Pero lo decían de broma, ellos siempre son así”.

(Mariana e Isabel, ciclo básico)

La entrada a la clínica, representa para las estudiantes de medicina, la incursión en un territorio lleno de relaciones de poder, muchas de ellas de connotación sexual. Aprender a vivir y a sortear todos estos obstáculos forma parte también del currículum oculto de género. En la clínica, los actores que perpetran el acoso y hostigamiento sexual se multiplican, a diferencia del espacio áulico no son sólo ya los compañeros y los docentes; se suman ahora los residentes, los miembros del equipo de salud, los directivos de la institución hospitalaria, los pacientes, por mencionar algunos. Veamos con atención:

En terapia intensiva, conocimos la historia de una compañera donde había un doctor que le dijo que le daba un “ride”, ella aceptó y dice que el doctor se le estuvo insinuando todo el trayecto. Pero una también debe cuidarse. Una debe poner los límites. Una sabe hasta dónde.

(Daniela, ciclo clínico)





Mi doctor si era así, si nada más era el abdomen nos decía “No, no, no, no, el pantalón un poquito más abajo y la blusa un poquito más arriba” mis compañeras le decían “pero sí solo va a ser el abdomen” y él siempre decía “es para que tengas un campo más amplio.

(Vanessa, ciclo clínico)

No obstante a estos y otros relatos, que documentan la existencia del acoso y el hostigamiento sexual; éstas problemáticas se siguen viendo como eventos aislados, únicos y en ocasiones como “normales”, Araceli Mingo (2010, p.168) abona que precisamente cuando se presenta una queja, las autoridades, consideran estos hechos como “naturales e inofensivos”; la respuesta de la sociedad es recelosa ante este tipo de quejas (“ella habrá provocado”; “no será para tanto”, “es broma”...) . Muchas personas atribuyen a simples chistes o bromas las obscenidades que los hombres dicen dirigiéndose a las mujeres. Estos problemas no se abordan de forma habitual y compartida. El acoso se convierte en un hecho aislado, violento y excepcional; y el currículum oculto se convierte en un elemento central en la naturalización de lo que no debiera ser natural, ni aceptable.

REFLEXIONES FINALES (CONCLUSIONES)

La discriminación de género, la misoginia entre mujeres, el acoso y hostigamiento sexual son sólo algunas de las principales manifestaciones en las que la violencia de género se expresa en el campo médico. Los relatos de vida de las estudiantes de Medicina de la FES Iztacala permiten afirmar por tanto, que la violencia de género se convierte en uno de los principales textos del currículum oculto de la cultura profesional médica, pues las interacciones personales, sociales y educativas en que se funda y que reproduce están mediadas y expresan tanto la cultura escolar universitaria, la historia institucional, el contexto social, el bagaje individual de las personas involucradas y, por supuesto el *ethos* médico.

Los avatares de género a los que las estudiantes de medicina se enfrentan cotidianamente, llevan a las mujeres a transitar por un terreno lleno de contrasentidos, pues paralelo a los goces, el disfrute por la vida universitaria, las amistades encontradas, el deseo por aprender, la satisfacción por ser parte de la UNAM, el amor al conocimiento; caminan también por senderos llenos de zigzageos, avances y retrocesos, ires y venires que más que caminos convierten la experiencia de formación universitaria de las estudiantes en complejos laberintos.





Lo cual marca inevitablemente sus trayectorias escolares, pues a la tensión y el estrés cotidiano producto del encapsulamiento en la experiencia estudiantil, se suman los distintos matices que cobra la experiencia de ser mujer traducida en violencia, subordinación y desigualdad.

Esto apunta finalmente a nombrar como prioritario, el diseño y la puesta en marcha de políticas institucionales como marco normativo en las IES, además de desarrollar y promover alternativas pedagógicas, para que a nivel áulico y en términos de vida cotidiana se posibilite la transformación de la relación educativa hacia la no violencia y la no discriminación. Contribuyendo de esta manera a la posibilidad de transformación radical de las instituciones educativas y de re-pensar la pedagogía; pues ésta no solo tiene que ver con un objetivo amplio y general de democratización y eliminación de la discriminación y violencia, sino también con generar condiciones para que todas y cada una de las instituciones educativas cumplan efectivamente su papel de agentes que forman para la convivencia y para el respeto de los derechos humanos, que refuerzan al sistema democrático y contribuyen por tanto desarrollo integral de todos y todas.

NOTAS

¹ El campo médico abarca el conjunto de instituciones y actores de la salud que, ubicados en diferentes posiciones, mantienen entre ellos relaciones de fuerza orientadas a conservar, adquirir o transformar esa forma de capital específico que consiste en la capacidad de imponer los esquemas dominantes de definición, percepción y apreciación de las materias propias de la agenda sanitaria, así como de la acción (política, comercial, científica, profesional) que deriva de ello. Así, junto con las instituciones de salud, son elementos centrales del campo médico las instituciones que forman los nuevos cuadros profesionales que eventualmente pasarán a ser parte del campo (las facultades de medicina y los hospitales de enseñanza), los agentes que operan estas instituciones, y los profesores y estudiantes de las especialidades médicas. (Castro, 2014, p. 173).





BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

Allan, Elizabeth J. y Madden, Mary (2006) Chilly Classrooms for Female Undergraduate Students: A question of Method? *The Journal of Higher Education*, 77 (5), 684-711.

Blazquez, Norma (2008) El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia. México: CEIICH-UNAM.

Buquet, Ana; Cooper, Jennifer; Mingo, Araceli y Moreno, Hortensia (2013) *Intrusas en la Universidad*, México: PUEG-IISUE.

Bustos, Olga (2003) *Mujeres y Educación Superior en México: Recomposición de la matrícula universitaria a favor de las mujeres. Repercusiones educativas, económicas y sociales.* México: IESAL/UNESCO.

Castro, Roberto, (2010) *Habitus profesional y ciudadanía: hacia un estudio sociológico sobre los conflictos entre el campo médico y los derechos en salud reproductiva en México* en Castro, R. y López A. (eds.), *Poder médico y ciudadanía. El conflicto social de los profesionales de la salud con los derechos reproductivos en América Latina.* Montevideo y Cuernavaca: Universidad de la República - CRIM-UNAM.

----- (2014) Génesis y práctica del habitus médico autoritario en México, *Revista Mexicana de Sociología*, 76 (2), 167-197.

Lagarde, Marcela (2012) *El feminismo en mi vida: hitos, claves y topías.* México: Instituto de las Mujeres del Distrito Federal.

Lamas, Marta (2002) *Cuerpo: diferencia sexual y género.* México: Taurus.

Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia LGAMVLV (2007) México: Cámara de Diputados, recuperado el 23 de noviembre de 2013 en <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGAMVLV.pdf>

Mingo, Araceli (2010) *Desasosiegos: Relaciones de género en la educación.* México: IISUE.





Sánchez, Alma (2014) Estudiantes y violencias en el espacio escolar en Trejo, A. y Pichardo M. (comps.) Investigación Educativa III y IV. (pp.540-547), México: FES Acatlán - UNAM.

